

**JOSÉ MOISÉS
MARTÍN CARRETERO**

EL FUTURO DE LA PROSPERIDAD



**El nacimiento
de una nueva economía**

Ariel

José Moisés Martín Carretero

El futuro de la prosperidad

El nacimiento de una nueva economía

Ariel

Primera edición: septiembre de 2022

© 2022, José Moisés Martín Carretero

Derechos exclusivos de edición en español:

© Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

www.ariel.es

ISBN: 978-84-344-3566-7

Depósito legal: B.12.546-2022

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual

(Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com

o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Índice

<i>Introducción</i>	11
1. La extraña salida de la crisis.	19
Una reducción sin precedentes de la pobreza mundial, 19	
• La desigualdad como causa y consecuencia, 22 • ¿Cuál es, entonces, nuestro <i>zeitgeist</i> ?, 49	
2. Repensar nuestro modelo económico	53
La Agenda 2030 como marco de referencia, 56 • Complejizar nuestras medidas del bienestar: más allá del PIB y el crecimiento, 59 • Una política económica inclusiva: el contrato social y la transición justa, 67 • Innovación y el papel del sector público, 73 • El Green Deal: el marco de la política económica de la Unión Europea, 87	
3. Hacia un pacto social digital	101
Aceleración, destrucción, concentración, 102 • El impacto en las personas, 107 • Por una digitalización humanizada y rica en derechos, 110 • Un Estado social digital, 114	
4. Hacia una transición ecológica justa	159
Los planes para la transición, 166 • Las ciudades como protagonistas de la transición, 183 • Oiga, ¿y esto quién lo paga?, 204	

5. Nuevo modelo empresarial	207
La Agenda de Desarrollo Sostenible y el sector privado, 207	
• Los procesos de integración de la sostenibilidad, 229	
• Propuesta de un ecosistema para la sostenibilidad empresarial, 237	
6. Las finanzas como palanca de cambio	253
Brevísimas historia de las finanzas sostenibles, 255 • Las finanzas sostenibles, 264 • Un paso más allá: la inversión de impacto, 272 • Explorando el ecosistema de las inversiones de impacto, 277 • La importancia de medir el impacto, 289 • Avanzando hacia un nuevo modelo de innovación social, 302	
<i>Epílogo: Los cambios por debajo del radar</i>	305
<i>Agradecimientos</i>	311
<i>Notas</i>	313
<i>Artículos del autor</i>	339

La extraña salida de la crisis

UNA REDUCCIÓN SIN PRECEDENTES DE LA POBREZA MUNDIAL

Cada 17 de octubre, la Organización de las Naciones Unidas conmemora el Día Internacional por la Erradicación de la Pobreza, una cita que se proclamó en 1992, y que ha ido ganando peso en las últimas décadas a la luz de la puesta en marcha, en el año 2000, de los Objetivos de Desarrollo del Milenio, y en el año 2015 de los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS). Según la Organización de las Naciones Unidas, en nuestro planeta viven 780 millones de personas por debajo de la línea de pobreza absoluta —1,90 dólares estadounidenses de 2011—, lo cual representa alrededor del 9 % de la población mundial.

La cifra, siendo todavía escalofriante, debe entenderse en su contexto histórico. De acuerdo con los datos del Banco Mundial, desde ese año 1992 y hasta el año 2018 el porcentaje de población mundial que vive por debajo de ese mínimo umbral ha caído desde el 35,1 % de la población hasta el 8 %, con un repunte este último año debido a la crisis de la pandemia de la covid-19. En otras palabras, esta caída de la pobreza mundial debe entenderse como un éxito global sin paliativos: nunca hubo, en la historia de la humanidad, un porcentaje tan bajo de personas viviendo en pobreza extrema. Estos datos, siendo positivos, esconden

algunos matices que conviene poner encima de la mesa antes de glosar de manera acrítica las bondades de la globalización neoliberal.

En primer lugar, aunque las cifras vinculadas a la pobreza extrema ofrecen un progreso espectacular, si situamos la línea de pobreza en otros niveles, las cosas cambian. Persiste hoy, en el mundo, un 43,5 % de la población que vive con menos de 5 dólares al día, una cifra que se ha reducido desde el 62 % de 1992, pero cuyo ritmo de reducción ha sido notablemente menor. En otras palabras, tenemos muchos menos pobres extremos, pero si elevamos el nivel de exigencia en materia de línea de pobreza, nos encontramos con cifras mucho más abultadas.

En segundo lugar, la mayoría de la reducción de la pobreza se ha producido en Asia, principal beneficiaria de las políticas de apertura comercial y de deslocalización industrial de los países desarrollados. El milagro asiático, incluyendo a China, ha logrado reducir en gran medida la tasa de pobreza del continente, que se sitúa ahora mismo por debajo del 2,5 % de la población del Sudeste asiático, aunque se eleva hasta el 12 % en Asia del Sur (fundamentalmente en la India). Por el contrario, la reducción de la pobreza en el África subsahariana ha sido mucho menos contundente: persisten en la región más de cuatrocientos millones de pobres extremos, el 43 % de su población. Más de la mitad de las personas por debajo del nivel de la pobreza viven en África, una de las zonas que menos se ha beneficiado de la reconfiguración de la economía internacional.

En tercer lugar, la reducción de la pobreza ha logrado reducir la desigualdad mundial, sobre todo cuando se mide entre países, pero ha incrementado la desigualdad dentro de los países. De acuerdo con el experto mundial en desigualdad Branko Milanović,¹ las ventajas de la apertura internacional se han concentrado en las clases medio-bajas de los países emergentes y en las clases altas de los países

desarrollados, mientras que, en los últimos años, las clases trabajadoras han visto sus niveles de renta estancados. El resultado de este ejercicio es que, tal y como señala Oxfam en sus informes,² el 1 % de la población mundial mantiene más del doble de la riqueza que tienen cerca de siete mil millones de personas. Los problemas asociados a la desigualdad van más allá de los aspectos estrictamente humanitarios y muestran sus efectos en numerosas dimensiones, no solo sociales, sino también económicas. Según un estudio de Ostry, Lougani y Berg,³ economistas del Fondo Monetario Internacional, la distribución de la renta es el factor más importante para explicar períodos prolongados de crecimiento económico: a mayor desigualdad, menor probabilidad de que las fases de crecimiento económico se sostengan en el tiempo.

En definitiva: debemos alegrarnos y felicitarnos por la reducción del porcentaje de personas que viven por debajo del umbral de la pobreza extrema, pues es, efectivamente, un logro sin precedentes en la historia de la humanidad. Pero esta buena noticia no debe hacernos olvidar que grandes sectores de la población se mantienen fuera de los circuitos económicos mundiales, sin tener oportunidades para mejorar su situación, particularmente en África. Tampoco debemos olvidar que cuando elevamos un poco el umbral por el que medimos la pobreza, la cifra de pobres se multiplica por cuatro, y que, además, lo hace en un contexto de creciente desigualdad dentro de los países, con los riesgos políticos, económicos y sociales que esta desigualdad trae consigo. Los tremendamente desiguales efectos de las políticas contra la pandemia, así como la desigualdad de acceso a la vacunación, pueden hacer que las cifras se reviertan y perdamos hasta una década en la lucha contra la pobreza y la desigualdad internacional, con más de cien millones de personas que han vuelto a caer en la pobreza. Por esto mismo, sigue siendo necesario mantener una política activa de cooperación internacional para el desarrollo y de apertura

comercial, dos de las medidas que más y mejor pueden hacer por mejorar las condiciones de vida de millones de personas en el mundo. No hacerlo no solo es insolidario, sino miope y suicida, por mucho patriotismo barato en el que nos envolvamos cuando decimos que los españoles (o los franceses, o los europeos, rellene según su procedencia y gustos) primero.

LA DESIGUALDAD COMO CAUSA Y CONSECUENCIA

Pero la pobreza no lo es todo: la crisis económica de 2009, la crisis de la pandemia de 2020 y la crisis de la guerra de Ucrania han incrementado la desigualdad dentro de los países, y también, lógicamente, en España. La buena noticia de la caída de la pobreza mundial viene acompañada por la mala noticia del crecimiento de las desigualdades nacionales y la erosión de la clase media. La desigualdad, que era un asunto menor hace apenas una década, se ha convertido en el caballo de batalla del debate social, de manera que hoy en día es difícil que el tema no esté encima de la mesa cuando hablamos de nuestro proyecto de país. La desigualdad se ha utilizado para explicar el auge de los populismos, la desafección democrática, la pérdida de competitividad económica, el malestar social y otras tantas enfermedades que nos afectan y que se podrían resumir en que no sabemos lo que nos pasa.

Y es desde este punto de vista desde el que debemos examinar a la España de esta década: hoy España es un país peor que antes de las crisis, con mayores niveles de pobreza y de exclusión social, con más problemas sociales y con menor cohesión. Una sociedad que no sabe bien lo que le pasa, tensionada social y políticamente, y, aparentemente, sin un porvenir preciso.

Pero si queremos atajar el problema de la desigualdad hay que dar el paso de la literatura hacia el pensamiento

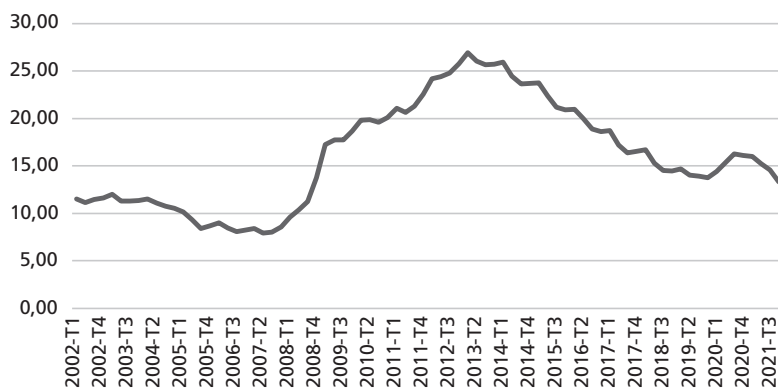
analítico, porque solo desde una cabal comprensión de los factores que generan dicha desigualdad podremos abordar la agenda de reformas necesaria para mitigarla. Echar la culpa a los poderosos, al famoso 1% de los más ricos, o a los bancos, puede generar réditos políticos y sociales, pero puede fallar el tiro si lo que queremos es elaborar y planificar las políticas públicas necesarias para cohesionar nuestra sociedad. Y para ello es ética y políticamente razonable examinar cuáles son los determinantes fundamentales de esta desigualdad económica y social.

Para ello, es esencial determinar cuáles son esas brechas, y cómo podemos hacerles frente, señalando como puntos de interés las siguientes: la brecha laboral, la brecha generacional, la brecha de género y la brecha fiscal. En estas brechas se concentran las fuerzas que configuran buena parte de nuestra desigualdad social.

La brecha laboral: desigualdad en el acceso al empleo y los salarios

Comencemos por la principal fuente de desigualdad de nuestro país, que no es otra que el desigual acceso al empleo. El trabajo es la principal fuente de renta de la población, por lo que examinar el acceso a él y la calidad del mismo supone una de las claves explicativas de la desigualdad económica. Sin embargo, el acceso a un trabajo de calidad y estable es muy desigual en España. Las tasas de desempleo crecieron de manera muy acusada durante la crisis, y pese a la fuerte recuperación de los últimos años, salvando la brecha de la pandemia, están lejos todavía de los niveles previos.

TASA DE PARO 2002-2021



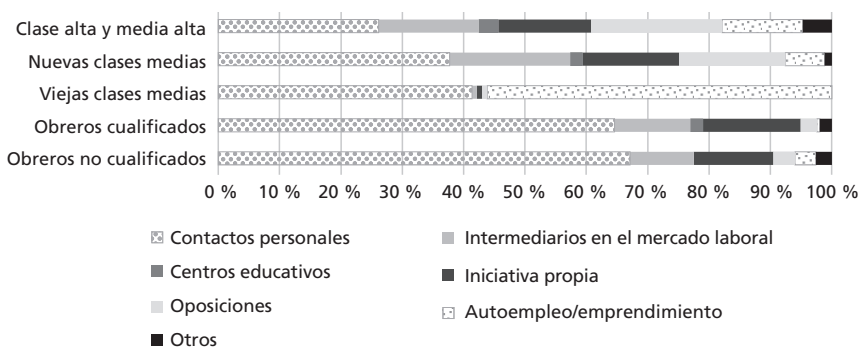
Fuente: INE.

El acceso al empleo es la primera fuente de desigualdad: una alta tasa de paro significa que una parte importante de la población no tiene acceso a la principal fuente de renta. Si además tenemos en cuenta las desigualdades de acceso al mismo, nos encontraremos con la primera barrera: las mujeres, los jóvenes y los parados de más de 45 años no cualificados son los colectivos con mayores dificultades para encontrar un empleo, lo que genera un desempleo de larga duración que supone un verdadero reto para el acceso a un trabajo digno y de calidad.

Pero la edad y el género no definen, *per se*, el acceso desigual al empleo: la cualificación de las personas y su situación socioeconómica suponen también un factor diferencial a la hora de acceder al empleo. La población con estudios superiores mantiene un nivel de desempleo que es aproximadamente cuatro veces menor que el experimentado por la población con menor formación. También el estatus socioeconómico define un diferente acceso al empleo. En España, los contactos sociales o personales son la principal fuente de acceso al empleo, de manera que la red de contactos familiares o personales define en buena medida cuál va a ser nuestra posición en el mercado laboral. Y la red social y relacio-

nal de una persona proveniente de las clases más acomodadas no es la misma que la de una persona proveniente de las clases trabajadoras. Las instituciones de intermediación en el mercado laboral deberían suponer un mecanismo de corrección de estas tendencias, pero solo una minoría de los trabajadores accede al empleo a través de ellas. Adicionalmente, llama también la atención el papel que juegan las convocatorias de empleo público: esta opción de acceso al empleo solo es relevante para las clases altas y medio-altas, siendo de hecho el segundo método de acceso al empleo para la población con estatus alto o medio-alto. Por formación o por recursos, la preparación de oposiciones solo está al alcance de una parte de la población, y los procesos de externalización de los servicios auxiliares de la administración han reducido las posibilidades de la población con menos estatus socioeconómico o menos formación para acceder al empleo público, ya que puestos que tradicionalmente se cubrían con personal funcionario ahora se cubren con empleo privado en subcontratas de limpieza, vigilancia y otros servicios auxiliares. De esta manera, el empleo público ha dejado de actuar como moderador de la desigualdad en el acceso al empleo.

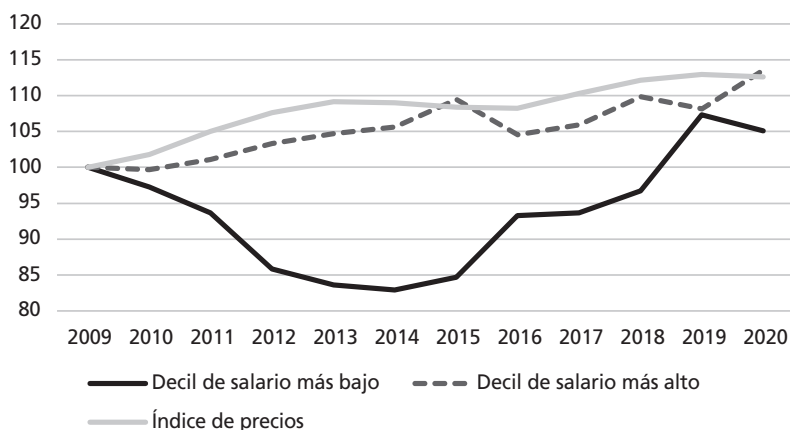
ACCESO AL ÚLTIMO EMPLEO POR ESTATUS SOCIOECONÓMICO



Fuente: CIS.

El desigual acceso al empleo supone también una desigual participación en los salarios: la crisis ha generado también un incremento de la desigualdad salarial, medida a través del índice de Gini salarial. La fuerte subida de la desigualdad salarial se debe fundamentalmente a la desigual evolución en las rentas salariales, que castigó particularmente a las rentas salariales más bajas. De esta manera, el decil con salarios más bajos ha estado perdiendo poder adquisitivo tanto frente al nivel de precios como frente a los deciles de salarios más altos, únicamente recuperados en los últimos años gracias a las fuertes subidas del salario mínimo interprofesional.

EVOLUCIÓN DE LOS SALARIOS Y EL ÍNDICE DE PRECIOS



Fuente: INE y FMI.

Este fenómeno de incremento de las desigualdades salariales debe entenderse como el producto de dos factores: el descenso del salario por hora trabajada y las desiguales condiciones laborales en términos de precariedad laboral, que de nuevo ha afectado de manera desigual a la población. En un estudio publicado en 2017, Fernández Kranz⁴ mostró que la población menor de 25 años que accedía al mercado laboral por primera vez cobraba en 2015 hasta un 33 % menos

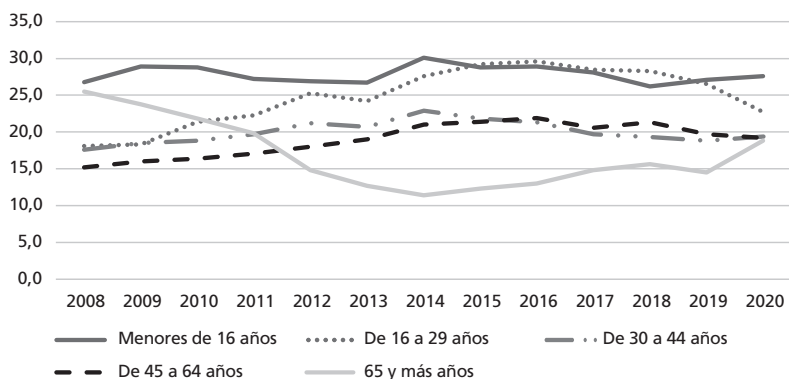
que los jóvenes que lo hacían en 2008. De ese 33 %, un 11 % correspondía a una pérdida de salario/hora, mientras que el resto de la diferencia se debía al menor número de horas trabajadas: los jóvenes tienen unas tasas de temporalidad y de parcialidad sustancialmente mayores hoy que en 2008, y en ambos casos son muy superiores a las tasas de temporalidad y de parcialidad de la población con mayor edad.

El resultado de este proceso de descenso de los salarios más bajos ha supuesto un incremento en la tasa de trabajadores pobres, que son aquellos que, pese a tener un empleo, permanecen por debajo del límite de la pobreza. En 2020, el 11,8 % de los trabajadores vivían por debajo del nivel de la pobreza, siendo el tercer país de la Unión Europea con mayor ratio de trabajadores pobres, tras Rumanía y Luxemburgo. No se trata solo, por lo tanto, de acceder al empleo, sino sobre todo de hacerlo en condiciones de calidad y de seguridad. Y desde ese punto de vista, nuestro mercado laboral está fallando estrepitosamente. La reciente reforma laboral (2021), dirigida a reducir la dualidad de nuestro mercado laboral, puede ejercer un importante efecto que se notará en los próximos años, pero de momento los problemas de temporalidad y de precariedad persisten.

La brecha generacional

Uno de los factores más determinantes del cambio experimentado en nuestras condiciones sociales es el cambio en la estructura generacional de la pobreza. Al inicio de la crisis de 2008 los mayores de 65 años configuraban uno de los sectores poblacionales con mayor tasa de pobreza relativa, pero hoy en día son el sector poblacional con menor tasa de pobreza. Frente a esta evolución, la pobreza infantil ha despuntado como el principal problema de desigualdad en España, alcanzada, en los últimos años de la recuperación, por la que sufren los menores de treinta años.

TASA DE POBREZA POR TRAMOS DE EDAD

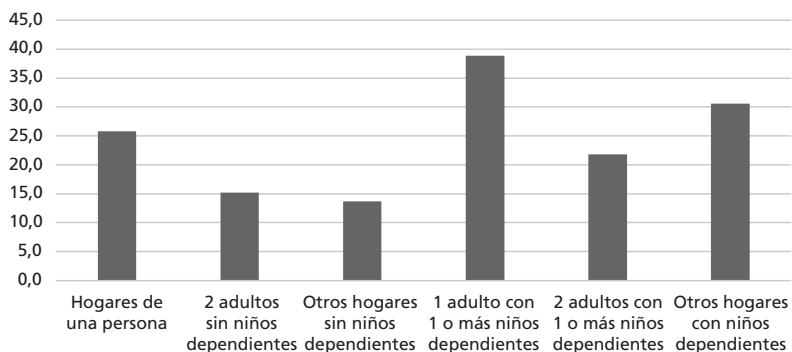


Fuente: INE.

Este cambio de composición supone un elemento importante de transformación en la naturaleza de nuestra desigualdad, y a la vez supone un reto para nuestro Estado social: al tiempo que certifica el éxito de nuestro sistema público de pensiones como elemento corrector y de garantía de rentas una vez se deja el mercado de trabajo, señala las dificultades que tenemos para abordar la desigualdad que aparece en las etapas más tempranas de la vida, con graves consecuencias para la trayectoria vital de las personas. Un niño que crece en condiciones de pobreza tiene más probabilidades de abandonar los estudios, tiende a tener peores resultados académicos y crecerá en un contexto socioeconómico que influirá —como ya hemos visto— en gran medida en su futuro profesional. La desigualdad en las etapas tempranas de la vida es el principal obstáculo para la movilidad social intergeneracional y, por lo tanto, para la igualdad de oportunidades a lo largo de la vida. Según un estudio de la OCDE, en España una familia pobre necesitará cuatro generaciones para alcanzar la clase media, una cifra que, siendo menor que el promedio de la OCDE, es el doble que la de países como Dinamarca.⁵ La presencia de niños en los hogares incrementa el riesgo de pobreza, particularmente en los

hogares con solo un adulto y uno o más niños dependientes, donde cuatro de cada diez se encuentran en riesgo de pobreza.

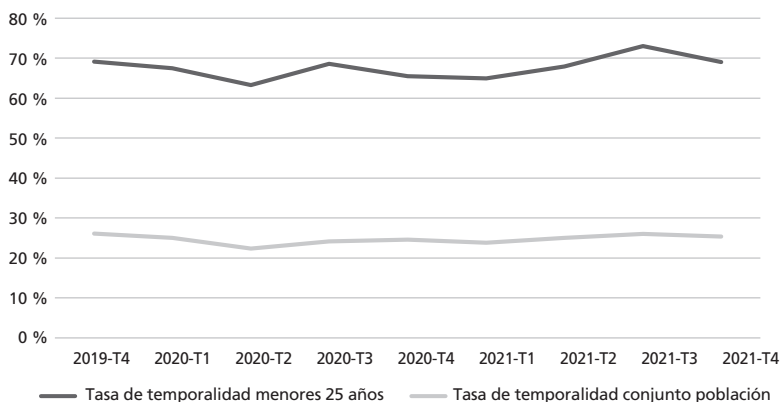
RIESGO DE POBREZA POR TIPO DE HOGAR (AÑO 2020)



Fuente: INE.

La pobreza en etapas tempranas se traslada hoy hacia las etapas juveniles: el desempleo juvenil y la precariedad en el empleo hacen que la pobreza relativa para los más jóvenes se haya incrementado en más de seis puntos desde 2008 a 2020, siendo el grupo poblacional con mayor incremento de la pobreza relativa. En esta etapa vital, el factor fundamental de precariedad social es el mercado de trabajo. La temporalidad en las etapas más tempranas es muy superior a la que se da en trabajadores adultos. Gracias a Felgueroso y Jansen sabemos que la temporalidad es el principal canal por el que se produjo en España el ajuste salarial⁶ durante los años de la crisis, y esta temporalidad afecta fundamentalmente a los más jóvenes. Los trabajadores de menos de 30 años suponen el 16 % de la población, pero son el 33 % de los trabajadores con contrato temporal.

TASA DE TEMPORALIDAD POR GRUPO DE EDAD

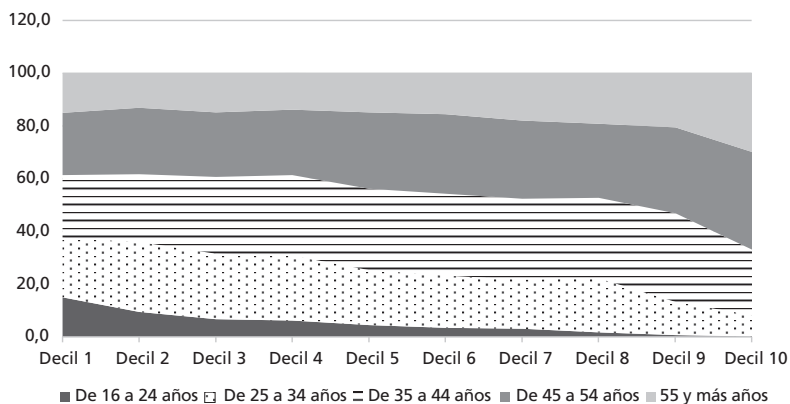


Fuente: INE.

El resultado de este proceso es un grave diferencial en materia de pobreza laboral entre los más jóvenes y el resto de la población adulta. Los menores de 25 años representan el 40 % de la población con menores salarios, y solo el 10 % de la población tiene los salarios más altos.

¿Y quiénes son, entonces, estos jóvenes? Nacieron en su mayoría entre 1989 y 1999, comenzaron sus carreras profesionales en medio de la crisis financiera de 2008 a 2014, donde ya experimentaron una caída de sus salarios por hora trabajada, sufrieron un desempleo que llegó a alcanzar, en lo peor del ajuste económico, un 55 %, y se enfrentan ahora a una situación de vulnerabilidad social que es inaudita para otras generaciones. De acuerdo con los estudios desarrollados por el centro de política económica de ESADE,⁷ la brecha de rentas existente entre esta generación y la inmediatamente anterior alcanza los 12.000 euros, medidos en términos de salario mediano, a igual edad: los trabajadores que hoy tienen 30 años cobran 12.000 euros anuales menos de lo que cobraba la generación X a su misma edad.

DISTRIBUCIÓN DE LOS SALARIOS POR TRAMOS DE EDAD



Fuente: INE.

Aunque son la generación con más formación —situación lógica, pues generación tras generación la cualificación mejora—, sus perspectivas laborales están seriamente amenazadas por la revolución digital y la automatización, que está contribuyendo a generar un mercado de trabajo polarizado entre puestos altamente cualificados y puestos con bajos salarios. La pandemia no les ha castigado en términos sanitarios, pero sí sociales: de acuerdo con un estudio presentado en octubre por parte del Consejo de la Juventud de España y del Instituto de la Juventud,⁸ la tasa de actividad entre los menores de 30 años bajó, por primera vez, del 50 % de la población, y uno de cada tres ha temido perder su empleo debido a ello. Sus modelos de ocio se han visto profundamente trastocados, y los que continuaban en sus estudios se han visto obligados a modificar, no siempre con acierto, los métodos para lograr completar su proceso formativo.

No son, por lo tanto, buenas las perspectivas para la generación que deberá alcanzar su madurez profesional y personal a lo largo de la década que ahora comenzamos. Si España no aborda esta situación, la década de los Next Generation puede ser la década en la que toda una generación de españoles se descuelgue definitivamente del país, con los efectos

políticos, sociales y económicos que esto puede llevar consigo.

Todas las generaciones han tenido comienzos difíciles: la generación de posguerra se enfrentó a un país arrasado por la guerra civil, tuvo que emigrar masivamente y sufrió durante décadas un régimen represivo tanto en términos políticos como socioeconómicos: España recibió préstamos del Banco Mundial hasta un reciente 1977, lo cual significa que una gran parte de esa generación vivió su vida en un país en vías de desarrollo. La generación X se enfrentó en los años noventa a un alto desempleo juvenil y a la precarización de las empresas de trabajo temporal, antes de vivir el *boom* de principios de siglo. Pero las trayectorias ascendentes de estas generaciones no se vislumbran para los *millennials*. Son numerosos los informes demoscópicos que señalan que la generación *millennial* piensa que será la primera que viva peor que sus padres.⁹

En una obra estremecedora, *Muertes por desesperación*, Anne Case y Angus Deaton¹⁰ señalan el notable incremento de mortalidad de las clases trabajadoras industriales en Estados Unidos, en buena parte provocado por el abuso de alcohol, los antidepresivos, las depresiones y los suicidios. La ausencia de confianza en el futuro y la evidencia de las desigualdades persistentes es un camino que lleva a la apatía, la desesperación, la desconfianza y el resentimiento. Si no cambiamos rápidamente de rumbo, igual que vivimos los treinta gloriosos tras la Segunda Guerra Mundial, podemos terminar calificando a esta era como la era de los treinta desastrosos, condenando a toda una generación a pagar las consecuencias de los excesos de un mundo que se gestó cuando apenas comenzaban a aprender a leer y escribir y que, como acertadamente señala Ramón González Ferriz, no tuvo en cuenta que los espejismos de los años noventa no eran sino la trampa del optimismo.¹¹

Alta precariedad, bajos salarios y alta tasa de desempleo definen el presente de un sector poblacional que accede al mercado laboral en peores condiciones de las existentes en

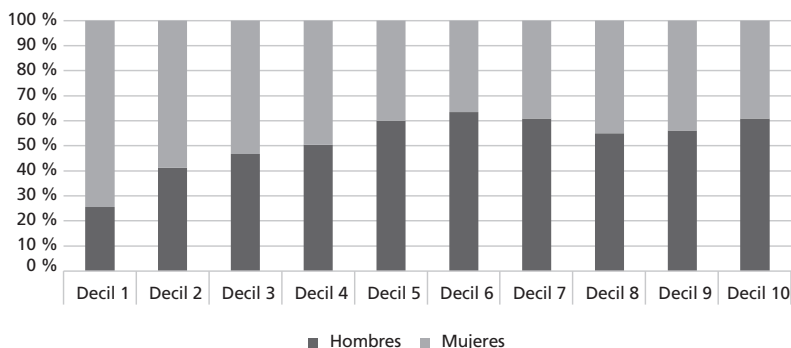
otros momentos de nuestra historia reciente. Esta combinación de la pobreza en la infancia y la pobreza en las etapas tempranas de la vida adulta supone un importante reto para la cohesión social en el medio y el largo plazo, pero esta brecha se agudiza todavía más si tenemos en cuenta el género. Y de esta manera examinaremos nuestra tercera brecha social: la brecha de género.

La brecha de género

El género es la tercera brecha social que debemos atender. Las desigualdades de estatus socioeconómico, de salario, de acceso a niveles de participación y de decisión, y de reparto de los tiempos de cuidados, suponen una de las principales vías de generación de desigualdad en España. Allá donde se mire, sea cual sea la condición socioeconómica o de edad, las mujeres están peor que los hombres.

Siete de cada diez personas que tienen salarios bajos son mujeres, cifras que se invierten para los tramos salariales más altos. Como promedio, las mujeres cobran en España un 16 % menos que los hombres.

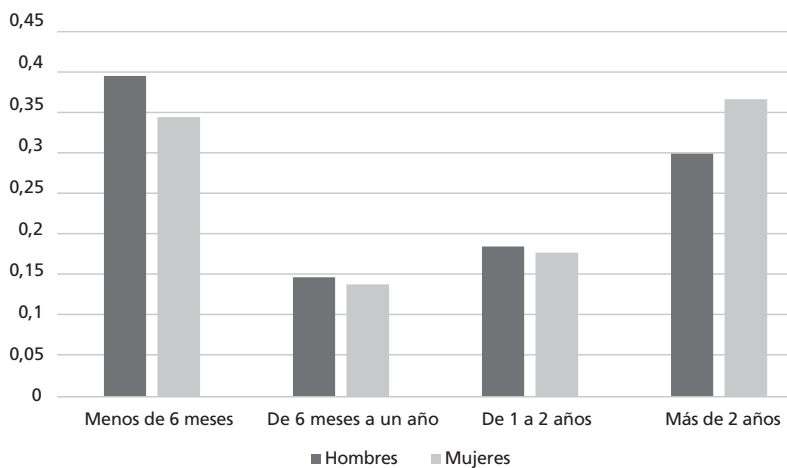
COMPOSICIÓN DE LOS TRAMOS SALARIALES POR SEXO
(AÑO 2020)



Fuente: INE.

Las mujeres soportan también una mayor tasa de temporalidad que los hombres. El 60 % de las personas ocupadas subempleadas son mujeres y, de promedio, ellas están más tiempo en el desempleo que los hombres.

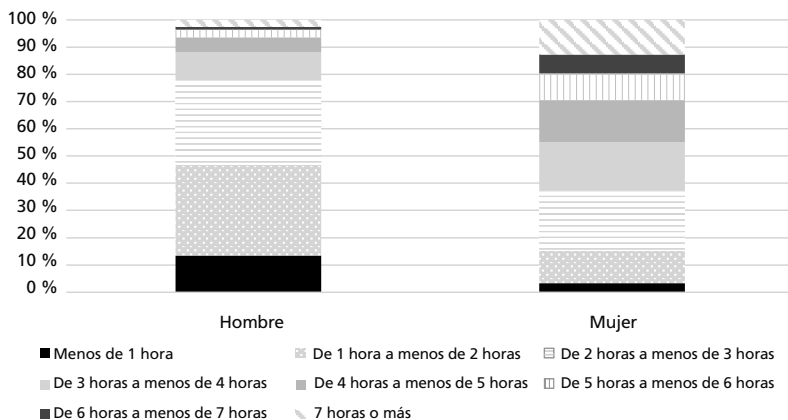
TASA DE PERMANENCIA EN EL DESEMPLEO



Fuente: INE.

La desigualdad económica vinculada a la brecha de género está muy relacionada con el ámbito de los cuidados. De promedio, en España las mujeres dedican el doble de tiempo que los hombres a las tareas domésticas, y mientras que el 80 % de los hombres dedican tres horas o menos a tareas del hogar, el 60 % de las mujeres dedican más de tres horas, y un 30 % de ellas dedican cinco horas o más.

TIEMPO DEDICADO A LAS TAREAS DEL HOGAR EN UN DÍA LABORABLE (HORAS)



Fuente: CIS.

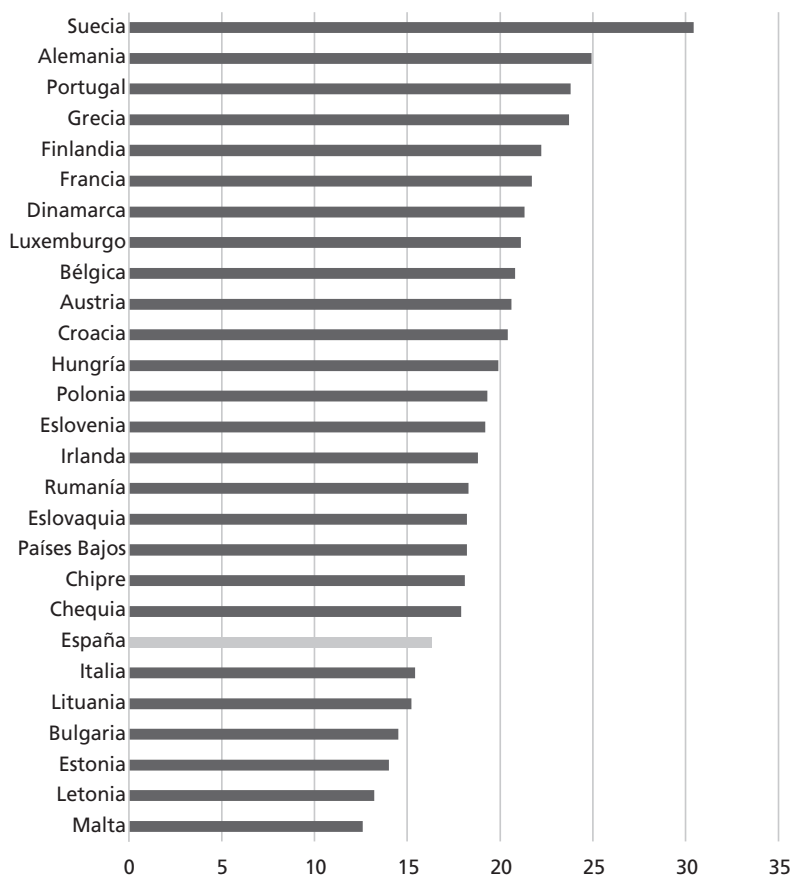
El resultado de este proceso es un incremento de la desigualdad entre hombres y mujeres, particularmente a partir del nacimiento del primer hijo. De acuerdo con Salazar,¹² la brecha salarial se incrementa a lo largo de la edad, siendo del 6 % a los 25 años y del 21 % en las personas mayores de 55 años. De las personas inactivas que no buscan trabajo por tener obligaciones familiares o de cuidados de niños o mayores, el 92 % son mujeres.

La brecha fiscal: ingresos y gastos poco redistributivos

Con estas brechas sociales generadas por una determinada concepción del mercado, España se enfrenta al reto de reducir sus impactos mediante los mecanismos de redistribución de la renta y, particularmente, mediante los ingresos y gastos públicos. Y es en este apartado donde nuestro país encuentra la última gran brecha de su desigualdad: nuestro sistema fiscal es uno de los que menos redistribución genera. De hecho, España es uno de los países de la Unión Euro-

pea donde menos capacidad de redistribución tiene el sector público.

REDUCCIÓN DE LAS DESIGUALDADES GRACIAS A LAS TRANSFERENCIAS PÚBLICAS



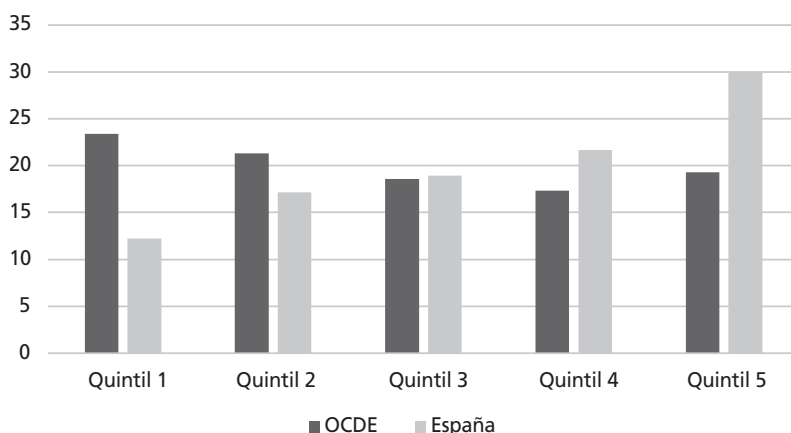
Fuente: Eurostat, 2020.

Las razones de esta escasa reducción de las desigualdades hay que buscarlas en factores de economía política: quién y cómo paga impuestos, y cómo se deciden las prioridades de gasto público. En términos de impuestos, España se sitúa por debajo de la media de la Unión Europea hasta en seis puntos de PIB, con un sistema muy ineficiente y relativa-

mente poco progresivo, aunque durante los últimos años ha mejorado su progresividad.¹³

De la misma manera, los gastos públicos que dependen de presupuestos no suponen un ejercicio de redistribución. De acuerdo con los datos de la OCDE, y atendiendo a las transferencias monetarias, en España el 20 % más pobre de renta recibe solamente el 12 % de todas las transferencias monetarias del sector público.¹⁴

DISTRIBUCIÓN DE LAS TRANSFERENCIAS MONETARIAS DEL SECTOR PÚBLICO POR QUINTILES DE RENTA



Fuente: OCDE, 2019.

El resultado de este ejercicio es que España es, juntamente con Italia, uno de los países de la Unión Europea con menos transferencias netas para el decil más pobre. De acuerdo con los estudios de la Unión Europea, en España todos los deciles —salvo el más rico— reciben más transferencias netas de las que aportan, mientras que en otros países, como Finlandia, Alemania o Dinamarca, los contribuyentes netos al sistema comienzan en la clase media, concentrando de esta manera los esfuerzos de las transferencias en las clases más empobrecidas.¹⁵

El motivo de esta distorsión es el diseño de nuestro modelo de políticas públicas, que está pensado para fortalecer

y asegurar la posición de las clases medias, con poca redistribución entre los más ricos y los más pobres: el destino de fondos para garantizar la universalidad y la cuasi gratuidad de algunos servicios de acceso exclusivo a las clases medias y medio-altas (como el gasto universitario), el diseño de nuestro sistema de pensiones —que se basa en una contributividad muy poco progresiva— y la ausencia de programas suficientemente dotados contra la exclusión social y la pobreza señalan el camino por el que transcurre nuestro Estado social, un estado diseñado para satisfacer las exigencias y las necesidades de las clases medias pero que deja de lado las necesidades de la población más afectada por la desigualdad.

Tras las brechas: el declive de la clase media y sus efectos

Después de varias crisis económicas acumuladas, nuestras brechas sociales no están donde imaginábamos: un análisis honesto y sistemático de nuestras desigualdades económicas y sociales sitúa el foco en el abismo que media entre la población que se encuentra en riesgo de pobreza y exclusión social, y el resto de la sociedad. Es muy probable que el famoso 1% juegue con su poder económico y político para evitar que la situación cambie, pero si España quiere afrontar los próximos años con una agenda de cohesión social y de igualdad económica, es urgente reflexionar sobre dónde y cómo se han generado las brechas en el mercado laboral: entre precarios y consolidados, entre mayores, niños y jóvenes, entre hombres y mujeres, y entre pagadores y receptores netos de transferencias.

Con estos datos, en los países industrializados se incrementa la preocupación sobre el futuro de sus clases medias. Y no faltan motivos: la clase media, que construyó la columna vertebral del desarrollo económico y político de la posguerra en los países desarrollados, se encuentra bajo presión, y su

quiebra amenaza el contrato social. De acuerdo con los trabajos de la OCDE,¹⁶ este colectivo se está estrechando: un miembro de la generación del *baby boom* tenía un 70 % de probabilidades de pertenecer a la clase media al llegar a los veinte años, pero un miembro de la generación de los *millennials* ha visto esta probabilidad reducida hasta el 60 %. El economista Branko Milanović nos ha mostrado que las clases medias de los países desarrollados han sido quienes menos han visto crecer sus ingresos desde los años ochenta, disminuyendo de esta manera su peso en la economía global.¹⁷ España también ha seguido esta tendencia: según un estudio de Luis Ayala y Olga Cantó publicado en 2022, la clase media de España no solo es más pequeña que en otros países de referencia, sino que además se mantiene con un peso menguante en la distribución de la renta.¹⁸

El futuro de la clase media se ve, además, muy comprometido por el propio desarrollo del mercado de trabajo: toda la evidencia existente apunta a la reducción de los empleos situados en el segmento de ingresos medianos. De acuerdo con la OCDE, tener una cualificación media no garantiza ya un acceso a un salario medio,¹⁹ y la tendencia a la desaparición de puestos de trabajo en los tramos intermedios de la escala salarial se acentúa por el cambio tecnológico y la incorporación de las nuevas tecnologías digitales. La polarización del mercado de trabajo supone un reto no solo para una economía basada en el consumo de masas, sino también para el mantenimiento de los pilares fundamentales de los Estados sociales, como lo es el sistema de pensiones: el salario de entrada en el mercado de trabajo es hoy, de promedio, menor que el coste de las nuevas pensiones.

El adelgazamiento de la clase media no deja de tener efectos sociales y políticos de primera magnitud. Christophe Guilluy ha hecho fortuna anunciando el —un tanto exagerado— final de la clase media en su ensayo *No Society*,²⁰ en el que señala el impacto de este proceso en la descomposición de la sociedad democrática, y David Lizoain apuntó en *El fin*

*del primer mundo*²¹ que la erosión de la seguridad económica que consolidaba la clase media es uno de los factores para entender la llegada del miedo como factor de acción política, tan bien explotado por los populismos en los países desarrollados.

Pero nada está escrito: el devenir de las clases medias dependerá fundamentalmente de su propia acción política. Buscar una sociedad más cohesionada no es solo responsabilidad de los más ricos, sino sobre todo de una clase media que no puede dejar olvidado al 30 % que peor lo ha pasado. Para ello, es imprescindible entender los efectos distributivos de una política económica y fiscal destinada a mejorar la cohesión social, situación en la que de momento se ha avanzado bien poco.

En España, quienes más padecen la desigualdad económica y social son los menos cualificados, los jóvenes y los niños, y las mujeres. Las familias jóvenes con niños y con trabajos precarios y mal pagados suponen un foco de atención prioritaria que necesita todo un set de políticas públicas para poder encontrar una vía mínima para alcanzar una vida en igualdad de condiciones con el resto de la ciudadanía.

En los años noventa, Christopher Lasch, un sociólogo poco sospechoso de ser progresista, alertó sobre los peligros que podría representar para una sociedad que las élites se descolgaran del resto de la población,²² argumento que se ha repetido a lo largo de la crisis por parte de numerosos autores, como Ariño y Romero más recientemente.²³ El recurso a focalizar en los más ricos tiene su importancia para alertar sobre los efectos y las causas de la desigualdad, pero donde una sociedad se la juega en términos democráticos y sociales es en la alianza entre las clases medias y las clases trabajadoras, alianza que se está resquebrajando, permitiendo que los más golpeados por la crisis se enquisten en una situación social que pesará sobre nuestro futuro tanto o más que la deuda pública que tanto nos preocupa.